

Platón y platonismos

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA

TÍTULOS PUBLICADOS EN ESTA COLECCIÓN

Markus Gabriel *Sentido y existencia. Una ontología realista*

Bernard N. Schumacher *Muerte y mortalidad en la filosofía contemporánea*

Wilhelm G. Jacobs *Leer a Schelling*

Dieter Thomä *Puer Robustus. Una filosofía del perturbador*

Byung-Chul Han *Muerte y alteridad*

Byung-Chul Han *Hegel y el poder*

Claus Dierksmeier, *Libertad cualitativa*

François Jaran, *La huella del pasado*

Rafael Aragüés *Introducción a la lógica de Hegel*

Byung-Chul Han *Caras de la muerte*

César Moreno Márquez *A cerca de la inquietud*

Byung-Chul Han *El corazón de Heidegger*

Alba Marín Garzón (ed.)

Platón y platonismos

Comentarios alternativos a los diálogos

herder

*Este título ha sido publicado anteriormente por la editorial Taugenit
bajo el ISBN: 978-84-17786-43-4*

© 2023, Alba María Garzón

© 2023, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-5062-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Imprenta: Ulzama digital

Depósito legal: B - 11.173-2023

Printed in Spain - Impreso en España

herder

Índice

Introducción, por <i>Alba Marín Garzón</i>	9
--	---

PARTE I. NAVEGAR POR LOS *DIÁLOGOS*: BASES, RETOS Y DESVELAMIENTOS

Platón, la escritura y el silencio. A propósito del <i>Fedro</i> ...	31
--	----

Juan de Dios Bares Partal

«Todo nos navegará viento en popa mientras los jóvenes sean o hayan sido bien educados». Platón y la <i>Paideia</i>	61
--	----

Begoña Ramón Cámara

La lectura y el lector de Platón en el contexto del aula universitaria	95
--	----

Trinidad Silva

Espacio y corporalidad en el <i>Banquete</i> . Una valorización de lo material en Platón	119
--	-----

Carlos Castelló García

PARTE II. REMEROS DEL TRIRREME: LA DIVERSIDAD DE LECTURAS PLATÓNICAS

Severino Boecio: una metafísica aristotélico-platónica del individuo	145
--	-----

Carles Rivero Ferràs

Platón y Zambrano: el lugar de la poesía	181
--	-----

Natàlia Rodríguez Inda

El <i>Phaedon</i> (1767) de M. Mendelssohn: hacer de Sócrates un filósofo del siglo XVIII	199
<i>Guillem Sales Vilalta</i>	
<i>Filosofante</i> y filósofo: la recepción platónica de García Bacca	233
<i>Alba Marín Garzón</i>	
Jan Patočka y el diálogo platónico como fenomenología dramática	279
<i>Jordi Casasampera Fernández</i>	
Platón frente a la Modernidad europea. Una lectura dialéctico-analógica	317
<i>Juan Antonio Negrete Alcudia</i>	

Introducción

Los trabajos reunidos en el presente volumen responden a la idea inicial de querer recoger diferentes lecturas platónicas en nuestra lengua, que sean reflejo de la variedad de visiones y recepciones que impregnan los estudios platónicos. La intención que nos guía es echar abajo la aparente sencillez con la que se presenta el pensamiento de Platón a todo tipo de públicos a los que se dirige, no sólo a quienes se dedican a su estudio, sino también a quienes se han ganado el honorable título de «lectores». Pues los diálogos platónicos han tenido y tienen la característica de ser fuente de interés transversal entre personas, tiempos y disciplinas, como dan cuenta el tiempo pasado y el grueso de las referencias al autor llegadas desde distintos lugares y campos. Algo que ocurre en casos muy excepcionales, de aquellos que supieron llegar a una escritura plena y sublime que se convirtió en perpetua, en clásica.

Las obras platónicas han ocupado una posición en la historia de la cultura, la filosofía y la literatura que las ha hecho fuente de autoridad, base de nuestra cultura, tanto en sus implicaciones positivas, que lo hacen inagotable y que le han permitido luchar contra el olvido en la transmisión, como en sus negativas, en tanto que dicha autoridad puede oscurecer, y oscurece, el examen y lectura de los *Diálogos*.

En primer lugar, las obras platónicas son, como muchas veces se ha recalcado, el único *corpus* que nos ha llegado completo desde la Antigüedad, donde la pérdida es más la regla que la excepción. Este hecho, que en modo alguno es fruto de la casualidad, puede llegar a explicar —con matices que requerirían un estudio aparte— la vigencia que los *Diálogos* platónicos mantienen y que es fehaciente en gran parte de los libros filosóficos que hoy llegan a nuestras manos. Aquí

pretendemos, con aportaciones de distintas corrientes intelectuales y lugares físicos, mostrar la dificultad de captar y representar con claridad *el pensamiento* de Platón. Aclaratoria a este respecto es, sin duda, esa metáfora que un anónimo prolegómeno a la filosofía platónica (datado del siglo I) nos traslada: el desconocido autor compara la obra platónica con un escurridizo cisne que no se deja apresar por quienes intentan cazarlo¹. Precisamente porque intentan cazarlo y no comprenderlo o, sencillamente, leerlo. «Leerlo» cobra aquí el sentido más humilde que la propia palabra traslada: la intención es aprender de la lectura, no ponerse frente a ella como implacables jueces de palabras e ideas. Este cisne al que alude ese viejo prolegómeno escapa tanto a aquellos que quieren comprender con coherencia el *corpus* platónico como una totalidad hermética, y se topan con contradicciones y aporías de todo tipo, como a aquellos que se embarcan en la inacabable búsqueda de la *voz platónica*. En este sentido, hay algo que el propio autor plantea en sus obras y que no debemos olvidar: el paradigma y modelo del cazador es el sofista, representante de una caza persuasiva, pero no por ello carente de un elemento violento o de combate (*erística*), tal y como se discute en la obra homónima².

¹ L.G. Westerink (ed.), *Anonymous Prolegomena to Platonic Philosophy*, Amsterdam, North-Holland Publishing Company, 1962, p. 4.

² «Ambos [*i. e.*, pescador de caña y sofista] se ponen de manifiesto como cazadores» (Pl., *Soph.*, 221d). El *Sofista* como diálogo no es un ataque a ningún sofista en particular, sino una investigación sobre qué caracteriza a éste. Caracterizaciones que van siendo progresivamente puntualizadas: las señaladas en el cuerpo del texto se encuentran en la primera parte del mismo, donde se entiende a la especie de los sofistas como cazadores que cuentan con una *techné* persuasiva (τέχνην προσειπόντες, *Soph.*, 222d) e incluso erística (ἐριστικός, *Soph.*, 225c). Sigo la traducción española de Néstor Luis Cordero para Gredos (Platón, *Diálogos V*, Madrid, Gredos, 2015).

Cazar a Platón es, como recordó Francisco J. González en una conferencia de 1999³, apresarlos en doctrinas y teorías, lo que, paradójicamente, lo hace desaparecer. Por el contrario, las obras platónicas, más que a capturar verdades, invitan al cuestionamiento y al diálogo. Tomarse con seriedad tal imperativo es una forma de renunciar a la caza (ἄγρᾱ) y la captura (χειρωτικός) mediante el *logos* en pos de intenciones mucho más nobles. Esto, por otra parte, puede llegar a convertirse en un inconveniente para los lectores que no encuentran respuestas claras y unánimes a las preguntas planteadas y que, además, ven que en los *Diálogos* se apuesta por el carácter refutador y examinador de la filosofía (ἐξετάσω καὶ ἐλέγξω, Platón, *Ap.*, 29e). Experimentamos un amargo sabor que, disfrazado de cómicos y entretenidos intercambios de palabras, nos hace sentir extraños e intrusos frente a los diversos interlocutores del drama y que puede llevarnos a considerar que, quizá, simple y llanamente, no lleguemos a comprender el sentido de sus discursos. No obstante, las presas más difíciles, como dice un supuesto refrán griego al que se alude en el *Sofista* (226a), son inaprensibles con una sola mano. Quizá la problemática albergue un trasfondo mayor que tiene que ver con el modo en que nos acercamos a los textos: no sólo sobre qué presupuestos nos guían y determinan, sino de qué manera nos colocamos frente al autor, a las palabras escritas o, en nuestro caso, también a las intervenciones de los personajes o a lo que presuponemos de éstos. Los lectores esperan encontrar respuestas o posiciones determinadas que puedan —o podamos, pues es para todos

³ La conferencia fue recogida y traducida al catalán por Josep Monserrat i Molas en F.J. González, «A la caça de Plató: una alternativa a les interpretacions tradicionals», *Comprendre* 1/2 (1999), pp. 127-140. De dicho autor he tomado como inspiración la anécdota del cisne, pues me parece especialmente clarificadora para el objetivo que aquí nos guía.

un esfuerzo teórico difícil de llevar a la práctica— encasillar con facilidad, para sentir que se pisa un terreno más seguro y no arenas movedizas.

Una especie de salida a este rompecabezas puede precisamente residir en cambiar ese acercamiento: dejar de ser jueces, cazadores, para ser sencillamente lectores e, incluso, interlocutores del diálogo, pues el texto platónico, aunque permanezca inmóvil, tiene la extraña capacidad de invitar al lector a participar activamente; quizá como uno de esos silenciosos acompañantes de Sócrates o, si podemos alcanzarlo, como un Glaucón aventajado que, en nuestro caso y por desgracia, no encontrará respuesta socrática (como el propio Platón recuerda al final del *Fedro*). Estamos forzados a no tener respuesta, pero no a permanecer callados. Esta interpelación constante a la que el texto nos reta es la clave del éxito platónico, éxito que llevó a Whitehead a escribir la famosa frase de que «Toda la filosofía occidental es una serie de notas a pie de página de la filosofía platónica»⁴. Si partimos de esta premisa que, aunque puede parecer ingenua, preferimos considerar que es más bien caritativa, fruto de una predisposición de confianza y generosidad de cara al texto escrito al cual nos acercamos⁵, de modo que podamos descubrirnos frente al Sócrates de los *Diálogos* no como intrusos o cazadores de sentencias, sino como compañeros, dialogantes y amigos implicados de lleno en la investigación que está en curso. Quizás así reconsideremos los repentinos cambios temáticos, los *excursus*, las respuestas ambiguas de los personajes o, a veces, inexistentes, como una

⁴ A.N. Whitehead, *Process and Reality*, New York, Macmillan, 1929, Harper and Row, 1957, p. 63 (trad. cast.: *Proceso y realidad*, Buenos Aires, Losada, 1956).

⁵ Debo estas expresiones, así como muchas claves interpretativas, a E. Brann, *The Music of the Republic: Essays on Socrates' Conversations and Plato's Writings*, Philadelphia, Paul Dry Books, 2011.

oportunidad de avance en el camino de la conversación, e incluso como un reto para buscar un significado a cada pieza del puzzle en el flujo del diálogo. El interlocutor nos está examinando a nosotros mismos, más bien, nos incita a que nos iniciemos con su guía en el «conócete a ti mismo», la máxima socrática basada en la inscripción de Delfos tantas veces repetida, así como, debemos admitir, nada fácil de llevar a la práctica⁶. En los *Diálogos* se mantiene siempre, al trasluz, una necesaria esperanza particularmente sutil que, sin eximirnos del peligro de la malinterpretación, lucha con y aleja pretendidamente a los *alicates de la sabiduría*⁷.

Este carácter de examen y la escasa aparición de afirmaciones taxativas en las obras platónicas deben llevarnos directamente, si como lectores lo tomamos en serio, a la renuncia de la aparente familiaridad que nos transmiten los *Diálogos* y con la cual nos acercamos a ellos. Habiendo oído y leído tantas veces sobre las obras platónicas, aun sin ser éstas nuestros campos de investigación, ya desde los inicios tempranos de la carrera académica hemos alcanzado una falsa sensación de comodidad propia de lo conocido, resultante también de un hecho que no puede ser desdeñado: uno disfruta leyendo un diálogo platónico y su primera lectura le hace sentir que lo allí expuesto es fácilmente aprehensible. En este caso se reduce, bajo el engañoso revestimiento de cotidianidad e improvisación ficticia de las obras platónicas, la atención que sus partes

⁶ Cf. Platón, *Alcibíades I*, 124a-b, 129a y ss. El caso de Alcibíades expuesto en este último diálogo, considerado de autoría dudosa en la actualidad, es el primero en la lista de fracasos en la aplicación de esta máxima vital y filosófica.

⁷ «Wisdom-pliers» es utilizado por Eva Brann como una aposición explicativa del término «sofista» (E. Brann, «Introduction», en Plato, *Sophist. The Professor of Wisdom*, Indiana, Focus Publishing, 1996, pp. 3-4).

y detalles exigen. Pero la comodidad interpretativa que este hecho produce puede ser fácilmente desmentida, e incluso *curable*, cuando se navega de modo más paciente y repetidas veces por las páginas platónicas y se descubren los tesoros, enigmas o elementos que en un inicio pasaron desapercibidos. Más compleja de *curar* es la comodidad y sencillez teórica que hemos heredado, de manera velada, como algo propio de la filosofía platónica. Esta comodidad transmitida, y arduamente custodiada, ha acabado por oscurecer nuestra propia lectura, al poner en práctica un acercamiento a ésta más propio de la caza adquisitiva o de la captura erística en el razonamiento, a la cual el propio autor deliberadamente renunciaba, apresando así la discusión y la reflexión en precomprensiones que nos hacen sentir firmes y cómodos en el conocer, pero cuya solidez aparente, en realidad, nos distancia de la base textual. A nosotros, como a los sofistas, la tendencia a la caza ha acabado por retratarnos y convertirnos en un *cazador cazado*.

La caza posee además un elemento de violencia irrenunciable, parecido al intento de gobierno de un trirreme dispuesto a entrar en combate (Pl., *Alc. I*, 119d). De gran interés a este respecto son las palabras de Jacob Klein en un breve comentario al *Filebo*: «Hablar *sobre* un diálogo platónico quiere decir violentarlo»⁸. Hablar *sobre* un diálogo es hablar de cuestiones adicionales o externas al microcosmos que una obra platónica

⁸ «To speak about a platonic dialogue, about a platonic dialogue, means to do violence to it», en J. Klein, «About Plato's *Philebus*», en *Lectures and Essays*, ed. by Robert B. Williamson and Elliot Zuckerman, Annapolis (Maryland), St. John's College Press, 1985, p. 309, artículo basado en una conferencia del 20 de mayo de 1971 y publicado al año siguiente en *Interpretation* 2/3 (1972). Algunos de los comentarios de Klein a Platón han sido recientemente traducidos en J. Klein, *Comentarios platónicos*, trad. Maria Arquer y José María Jiménez Caballero, Madrid, Ápeiron Ediciones, 2018.

constituye y cuyo conocimiento determina, e incluso deforma, la lectura y comprensión del diálogo en sí mismo. Y aunque es extremadamente difícil determinar cuál es la línea que separa la comprensión de la deformación —si es que esto es posible—, evitar lo segundo es un ideal irrenunciable. Violentar un diálogo abarca, además, algo menos evidente que supone también una deformación de éste: la purificación de aquello que envuelve los argumentos, la transformación de una conversación plasmada dentro de un marco literario en un conjunto de tesis que no siempre presentan un desarrollo estrictamente lógico. En este sentido, quedan fuera del análisis, como cuestiones anecdóticas o adicionales, aquellas que se escapan al breviario de argumentos focalizados. De tal manera que el resto de elementos, como aquellos que el texto sugiere pero no explicita, quedarían al margen con el estatus de ser el envoltorio de ideas y tesis mucho más importantes. Lo que, aun cuando se amolda al perfil del cómodo lector cazador de ideas y realidades, no parece ser fiel a la escritura extremadamente meditada del pensador griego, al género literario-filosófico de sus escritos o, incluso, a las condiciones de edición y transmisión de los textos propias del momento. Todo esto forma parte de lo que puede entenderse como «violentar un diálogo», es decir, someterlo a imposiciones y depuraciones que sus propias condiciones internas y formales no permiten. Precisamente por ello, Klein renuncia a esta forma de lectura *sobre*, externa e indirecta, que considera necesariamente insuficiente.

Una premisa que, más allá de ser una aproximación hermenéutica básica —en tanto que interpretación que busca como ideal escapar de determinaciones *externas*⁹ y atender a cada

⁹ F. Schleiermacher, *Introductions to the Dialogues of Plato*, trans. by William Dobson, New York, Arno Press, 1973, p. 3. Trad. cast. en

palabra del texto—, cobra en la obra platónica un mayor sentido, pues un diálogo se rige precisamente por los detalles que lo envuelven y determinan, pero que no lo agotan, evitando así también la deformación del texto a través de sus detalles magnificados. Un equilibrio muy lejano de la sencillez con la que se presenta «la filosofía platónica», por ejemplo, a un estudiante. Asimismo, cabe tener en cuenta que, además, el propio autor declara en sus *Cartas* su preocupación por la deformación que han sufrido, o pueden sufrir en el futuro, sus obras, sus acciones o su filosofía¹⁰, siendo más visionario (casi cual *sabio-adivino*) en este aspecto de lo que se le ha atribuido en otros.

Desde la renuncia a la práctica de la caza y la violencia *sobre* los textos, el presente volumen pretende volver a éstos para mostrar que apresarlos no es el objetivo, sino dialogar *con* ellos y pensar *desde* ellos. Los diferentes capítulos que lo componen siguen dicho imperativo, tanto al acercarse de manera directa a los diálogos —*v. gr.* la *República*, las *Leyes*, el *Fedro*, el *Banquete*, etc.— como al recordar el modo en que otros lo hicieron —desde S. Boecio a J. Patočka, M. Zambrano, J. D. García Bacca, M. Mendelssohn, T. A. Szlezák, E. Lledó,

«Introducción general a las obras de Platón (1838)», *La Torre del Virrey* 25/1 (2019), pp. 1-28.

¹⁰ Cf. *Carta II*, 311b «[...] una vez hayamos muerto, no quedará silenciada nuestra fama y que, en consecuencia, debemos velar por ella. Es preciso, en efecto, a mi entender, preocuparnos por el futuro, pues [...] los seres más viles se desprenden totalmente de él»; *Carta II*, 312b; *Carta VII*, 338d-341a. Sin entrar ahora en cuestiones sobre la autenticidad de las cartas, para lo que me remito a las palabras de Mariana Gardella que explican los problemas sobre los que se asientan los debates de la autenticidad de las obras del *corpus platonicum*. Cf. M. Gardella, «Estudio preliminar» (caps. 1 y 2), en *Amantes Rivales. Sobre la filosofía. Diálogo pseudo-platónico*, Buenos Aires, Teseo, 2017, p. 22 y ss.

L. Rosenblatt o en relación con el pensamiento dominante en la Europa de los últimos siglos— al exponer resultados de una investigación y una lectura atenta a las obras platónicas desde posiciones diferentes, pero interconectadas por una preocupación comprensiva común. Esta conjunción de paridad y disparidad permite adquirir cierta perspectiva en la lectura de los *Diálogos*, y nos acerca a ellos a la vez que nos recuerda, una y otra vez, la extrañeza artefactual que suponen. La expresión «extrañeza artefactual», por muy rocambolesca que suene, pretende, sencillamente, trasladar un hecho: que no sabemos muy bien qué es exactamente eso que llamamos «*Diálogos* platónicos», lo que supone asumir las consecuencias tanto positivas como negativas que de ello se derivan. Esta extrañeza artefactual, así como esa fascinación que han generado los *Diálogos* son elementos además atestiguables en toda la historia de la filosofía, y que los propios griegos recogieron ya desde el momento en que supieron ver en las obras platónicas algo nuevo y digno de conservar en su completud. En los *Diálogos*, nos topamos también, por parte de los personajes, con esa habitual impresión de asombro que nos es trasladada y a la cual se añade, casi en aumento, aquella extrañeza que el texto nos genera, como lectores, y que mantiene vigente ese asombro previo. Hoy seguimos preguntándonos sorprendidos, tal y como hacía Fedro, por qué Sócrates sale por primera vez de las murallas atenienses aquel soleado día (*Phdr.*, 230d), por qué en el *Fedón* decide discutir sobre la inmortalidad en sus últimas horas de vida de la forma sorprendente y paradójica en la que éste se desarrolla o —sirva de último ejemplo— qué hubiera pasado si Eutifrón no se hubiera ido apresurado al final de la obra (*Eutiphr.* 15e). Acciones, palabras, personajes y conceptos que siguen siendo una suerte de enigma.

Esa extrañeza esencial en la lectura de estas obras filosóficas explica, en parte, como se ha comentado al inicio, el grueso

de escritos que a raíz de ella se ha realizado, desde todos los lugares de la filosofía, incluso desde sus márgenes, y que, esperamos, nunca lleguen a agotarse. Estas obras, que fueron para su autor modelo (παράδειγμα) de una forma de escritura buena y apropiada, están, en tanto que tal, atravesadas por una cuidada armonía donde cada parte, como se explica en el *Fedro*, está organizada «a la manera de un animal», *i. e.*, siguiendo las palabras de Sócrates en el diálogo, los escritos deben tener cabeza y pies, centro y extremidades y cada una de estas partes ocupa un lugar concreto y, por ende, no intercambiable que permite la interconexión de cada componente a la par hasta adquirir un sentido de conjunto (*Phdr.*, 264c)¹¹. Aplicar esto a las obras platónicas o a cualquier tipo de escritura hace que, dicho brevemente, cada palabra y gesto *cuenta* (dice Klein) o que cada palabra *pese* (diría Cicerón). Un autor que considera la escritura algo tan meditado y —como muestra el grueso escrito y ciertas anécdotas que nos han llegado— a la que tanto tiempo y esfuerzo ha dedicado es difícil que deje elementos al azar. Las obras platónicas reflejan que los elementos que parecen más casuales pueden llegar a tener más peso que los argumentos más elaborados¹². Un hecho que acentúa la extrañeza comentada que encontramos al embarcarnos en la —tantas veces transitada— búsqueda de un sentido total y que hace tambalear toda comodidad de un posible sistema interpretativo cerrado. Por ello, la navegación entre las páginas platónicas exige un equilibrio y una medida tan alta como la que ellas

¹¹ Cito la traducción de Luis Gil en la edición bilingüe del *Fedro* recogida en Clásicos Dykinson, Madrid, 2012 (anteriormente publicada también de forma bilingüe por el Instituto de Estudios Políticos en 1957).

¹² J. Klein, *Plato's Trilogy. Theatetus, the Sophist and the Statesman*, Chicago-London, University of Chicago Press, 1977, p. 1.

trasladan, de modo que no se caiga en la exageración de lo anecdótico ni en la simplificación argumentativa.

Nosotros, deudores de las palabras platónicas, hemos querido acercarnos lo máximo posible a ellas. Cada capítulo ocupa, de este modo, un lugar concreto y deliberado que le da sentido, al igual que un animal vivo: un sentido que cada capítulo tiene por sí mismo en tanto que así se lo ha otorgado cada uno de los autores y autoras que aquí participan, pero que tiene, además, un carácter de conjunto enlazado en tanto que se inserta en cada una de las partes del libro y de éste como un *todo*. Hemos querido plasmar este imperativo en la redacción y ordenación de la presente edición ya desde el título, buscado reflejo del contenido que abarca. Dos grupos de palabras separadas, «Platón y platonismos» por un lado y «comentarios alternativos» por otro, aluden, pues, a dos ideas interconectadas. La primera pretende recordarnos la brecha entre lo que el autor dijo y lo que tras él se ha dicho, teniendo en cuenta la distancia entre su pensamiento, las obras resultantes y las visiones que de ello se han derivado, y acentuando, de este modo, el problema sobre cómo el platonismo ha pasado de ser una cualidad de lo platónico a una doctrina filosófica. Algo que, siguiendo nuestro razonamiento previo, puede parecer una especie de oxímoron. Los diversos *Diálogos* y *Cartas* han dejado una constancia más que clara de su oposición a convertir el pensamiento en una doctrina¹³. El subtítulo «comentarios alternativos», por otra parte, rebaja la oposición y la contradicción apelando al seguimiento del texto de la manera más cercana posible. Un comentario es, en realidad, un intento por deshacer, siguiendo la metáfora del *Político* (279a y ss.), lo que J. Derrida denomina «la tela de los textos» o, más bien, «la tela que envuelve la tela», buscando

¹³ Cf. Platón, *Laques*, 200c y ss.

remendar el tejido al añadir hilos que sigan el patrón marcado, por muy discontinuo e inseguro que éste pueda parecer¹⁴. Esto lo convierte inevitablemente en algo alternativo.

Estos comentarios platónicos alternativos están a su vez divididos en dos partes, que retoman este desdoble ya planteado en el título y anteriormente señalado. La primera de ellas nos recuerda que ponerse frente a los diálogos es como navegar entre las aguas, tratando de avanzar entre las páginas evitando que las olas tambaleen nuestra embarcación o lleguen, incluso, a hacernos naufragar. Esta metáfora fue utilizada repetidamente por el propio Platón, para quien los asuntos a investigar siempre se comparaban con distintas artes o aspectos cotidianos que podían hacer más comprensible, más cercana, la abstracción de un concepto para el auditorio al que se dirigía. Sobre todo, en el caso de la navegación, ponía al alcance una metáfora fácilmente asimilable por los lectores de su tiempo, pues el mundo de la Antigüedad griega nació de las navegaciones y las guerras de pueblos marinos¹⁵. La metáfora de la navegación quizá sea más conocida por su aparición en el *Fedón*, cuya explicación parece extenderse desde 96a6 a 100b3¹⁶, donde parece hablarse de la necesidad de una

¹⁴ J. Derrida, «La farmacia de Platón», en *La diseminación*, trad. de José Martín Arancibia, Madrid, Fundamentos, 1994, p. 93. Vid. P. Peñalver, *Márgenes de Platón. La estructura dialéctica del diálogo y la idea de exterioridad*, Murcia, Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1986.

¹⁵ Para una reflexión e interés sobre la navegación y la historia, cf. C. Smith, *Tierra y mar*, trad. de Rafael Fernández Quintanilla, Madrid, Trotta, 2019.

¹⁶ Sigo la selección del fragmento realizada por R. Burger, *The Phaedo. A Platonic Labyrinth*, New Haven and London, Yale University Press, 1984, pp. 135-160; y seguida por Seth Benardete, en *Socrates' second sailing: On Plato's «Republic»*, Chicago, University of Chicago Press, p. 1, que me parece especialmente acertada.

segunda navegación en el razonamiento para salir del enredo logográfico alcanzado. En este sentido, la primera parte nos recuerda, junto al *Fedón*, que navegar por los diálogos es navegar dos veces, tratando de englobar en los capítulos que lo componen las bases para un acercamiento a los diálogos a la par que poniendo sobre el tapete los retos y los desvelamientos que su escritura, enseñanza y lectura implican.

Asimismo, el *Fedón* no es el único de los *Diálogos* donde la navegación cobra un sentido metafórico especial. En el *Alcibíades I*, brevemente citado en las páginas previas, la metáfora se aplica al gobierno de un barco de guerra, de un trirreme, estableciendo un paralelismo entre el gobierno del barco y la acción de consejero del pueblo ateniense que Alcibíades pretende desarrollar, con gran prepotencia y ambición política. Si Alcibíades quiere gobernar el trirreme, le dice Sócrates, debe dejar de buscar la rivalidad y la superioridad frente a sus soldados para centrarse en sus enemigos (los lacedemonios), evaluando, en este sentido, no sólo cómo vencerlos, sino también qué puede aprender de ellos¹⁷. Alcibíades aspira ciegamente al gobierno del barco como el cazador de teorías aspira a una sabiduría clasificable. Alcibíades cree saberlo todo y no tener nada que aprender, ni siquiera de sí mismo. El desarrollo del diálogo daría luz a ciertas enseñanzas y a un final quizás esperanzador si no conociéramos la trayectoria del personaje griego. Alcibíades no hubiera sido un buen lector, sino un buen cazador, aquel que juzgaría con desdén y no con humildad las palabras frente a él presentes. En cambio, aun cuando es difícil desprenderse de la aspiración al gobierno en la lectura filosófica, de ser cazadores de ideas, aspiración que, por otra parte, lleva directamente a establecer una superioridad del intérprete presente frente al texto pasado, quizá debamos pensar en el

¹⁷ Platón, *Alc. I*, 119d-120c.

sencillo pero admirable estilo de un remero. Ir poco a poco, avanzando con la ayuda de lo que otros han dicho, aunque sin dejar de mirar el agua que nos rodea, en ocasiones mansa y, otras muchas, agitada. El remero que en su trabajo, en apariencia simple, hace, sin duda, mucho más por llegar al rumbo que cualquier otro. Los remeros en el trirreme han sido, como en la historia de las interpretaciones platónicas, muchos, de una cuantía casi inabarcable. La segunda parte del libro está dedicada a ellos, a quienes han realizado lecturas diferentes de las obras o del pensar platónico y que han remado por comprenderlo, haciéndolo, de esta manera, propio.

En cuanto a la primera de las partes mencionadas, ésta queda inaugurada por un primer capítulo que rememora las palabras platónicas sobre las limitaciones de la escritura, enmarcado en el contexto de la reflexión en torno a la posición platónica frente a la retórica. El análisis del *Fedro* supone, además, para el autor la ocasión para abordar el problema relacionado con la posibilidad de conocer, expresar o transmitir el saber. El texto de Juan de Dios Bares Partal, profesor del Departamento de Filosofía de la Universitat de València, pretende ser una interpretación que se enfrenta a las hasta ahora existentes, al trasladar la crítica platónica de lo escrito a la totalidad de los *Diálogos*. Empezar recordando las palabras platónicas sobre la limitación del acto de escribir y cómo entenderlas en el marco de los textos en los que se incluyen es la mejor manera de rebajar la posible elevación teórica. Esto es secundado por la abstención presente en los *Diálogos* a realizar afirmaciones dogmáticas en primera persona, lo que es posible también por la conexión que este capítulo nos impulsa a establecer entre las palabras del *Fedro* sobre la escritura y los problemas de reserva y expresión de lo que se sabe dentro del *corpus* platónico.

Estas cuestiones sobre la escritura y el silencio adquieren sentido desde la reflexión de la transmisión del saber y, por

tanto, desde el modo en que el pensador griego comprende la educación (παιδεία). En el segundo capítulo, la investigadora posdoctoral de la Universitat de València Begoña Ramón Cámara reflexiona y analiza la cuestión de la educación platónica, sus principios, ideas y fundamentos, a través, principalmente, de la *República* y las *Leyes*, como lugares donde Platón desarrolla su propuesta educativa. El análisis de cómo el filósofo griego concibe la educación da paso al segundo capítulo, que pone sobre el tapete el problema que supone su enseñanza hoy en día, como un auténtico desafío para quien ha navegado entre las páginas de los *Diálogos* y debe trasladar a un aula dicho tránsito. El docente se encuentra en el débil equilibrio de buscar la adecuación a un auditorio que se introduce en tales cuestiones, pero sin caer en la deformación sistemática de una fuente tan detalladamente estudiada. Sobre esta cuestión versa el capítulo elaborado por Trinidad Silva, profesora de la Universidad Alberto Hurtado de Chile, quien, en clave de la pregunta acerca de cómo se enseña a Platón, reflexiona sobre la cuestión de la centralidad de la lectura y el lector como apuesta en la enseñanza universitaria del autor clásico, acen tuando con ello elementos que nos permiten recordar que los *Diálogos* no son simplemente objetos de estudio, sino obras artísticas y literarias.

Finalmente, esta primera parte de navegaciones entre las aguas de los *Diálogos* se cierra con el comentario de Carlos Castelló al *Banquete* de Platón, que en estricta conexión con el capítulo de la Dra. Trinidad Silva, muestra desde el otro lado de la enseñanza la centralidad de la lectura directa y atenta de la obra platónica. En dicho capítulo, Castelló busca valorar y *re-valorizar* elementos considerados marginales, así como desvelar, en este caso, las reflexiones platónicas sobre la corporalidad en el contexto del espacio reflexivo único que el *Banquete* supone.

Asimismo, la segunda parte del libro nos recuerda que la lectura es también recepción e interpretación y, como muchas veces se ha mencionado, nunca ha logrado permanecer impasible al tiempo en el que se situaba. Tal es así que cada lectura es testimonio de elementos que escapan a la literalidad del texto y su escritura. El conocimiento de las recepciones platónicas que los siglos transcurridos han dado a luz es algo necesario. Esto supone un modo de ver los elementos externos que han determinado las diversas lecturas, cómo éstas han variado y sopesar, finalmente, cuánto de lo que hoy en día conocemos acerca de un autor es realmente fruto de las fuentes primarias. Cada lectura diferente constituye, además, un enriquecimiento que permite poner el foco sobre aspectos que han pasado inadvertidos. Como ejemplo de ello, los siguientes capítulos abordan las lecturas platónicas de Severino Boecio, Moses Mendelssohn, María Zambrano, Juan David García Bacca y Jan Patočka. Sus respectivos autores y autoras han retomado, al hilo del análisis de estas recepciones, cuestiones presentes en las obras platónicas. Carles Rivero Ferràs, doctorando de la Universitat de Barcelona, vuelve a Boecio y la cuestión de los individuales como una herencia platónica, en diálogo y conciliación del platonismo con diferentes perspectivas, especialmente el aristotelismo. El tratamiento de este problema filosófico por parte de Boecio se enmarca en el contexto de un mundo que se agota —el de la herencia griega que el neoplatonismo reclama— y un mundo que emerge —el del medievo y los debates escolásticos—.

Un Platón (o, más bien, un Sócrates) para su tiempo es también la propuesta de Mendelssohn de trasladar al siglo XVIII la figura de Sócrates en su versión del *Fedón* platónico. Así lo desarrolla Guillem Sales Vilalta, de la Universitat de Barcelona, en un análisis detallado de la obra. Proveniente de la misma Universidad, Natàlia Rodríguez Inda reflexiona en

torno al conflicto entre filosofía y poesía desde la obra de María Zambrano, desdeñando desde un inicio la afirmación apresurada de una condena platónica a la poesía y tratando de alumbrar dicha cuestión, tan ampliamente discutida por los intérpretes platónicos, mediante el análisis que ofrece la filósofa malagueña, queriendo con ello transmitir que filosofía y poesía son insuficientes por separado.

En estricta contemporaneidad con María Zambrano —cuyo fallecimiento tiene lugar un año después—, el filósofo español Juan David García Bacca realizó una aproximación de gran originalidad al pensamiento platónico, que merece la pena traer a colación, al traducir y editar *in extenso* las obras platónicas. Sobre ello versa uno de los últimos textos de este volumen, que, como aportación personal más allá de esta introducción, busca ser un análisis de la originalidad de esta edición, así como del platonismo que atraviesa el pensamiento del autor. Por otra parte, en el marco de un siglo ampliamente prolífero para la interpretación de Platón, J. Patočka posibilita una lectura de gran interés y salida actual, que retoma el elemento dramático de la filosofía platónica desde la fenomenología. El trabajo de Jordi Casasampera Fernández, profesor universitario en Barcelona, pretende analizar la consideración patočkiana de la filosofía platónica como *fenomenología dramática*, desde su origen a sus características, plasmando las conexiones entre la propuesta fenomenológica husserliana y Platón en el marco de esta recepción.

El volumen se cierra con una vuelta a los problemas de interpretación de los textos platónicos, con especial atención a cómo comprender la función del elemento literario y dramático presente en ellos. Esta problemática, de gran presencia en los estudios platónicos actuales, se aborda desde una reflexión del pensamiento de la Modernidad europea como *lo otro* de la filosofía platónica. Juan Antonio Negrete Alcudia, profesor de Filosofía y autor de un reciente comentario filosófico a

Heráclito¹⁸, propone una lectura *dialéctico-analógica* que tiene una pretendida base en las obras griegas y, en concreto, en las platónicas. Con ello reclama, como colofón a este libro, la necesidad de una lectura cuidada de los *Diálogos* por parte del lector actual, heredero de su tiempo, que fuerza, en ocasiones, al texto platónico a posiciones que él mismo combate.

De este modo, el tránsito por los capítulos del presente trabajo se convierte, desde la perspectiva planteada, en una manera de recordarnos, y recordar al lector, que poco o nada tiene que ver la lectura platónica con la pesca o la caza que Platón utiliza como símil para tratar de definir al sofista, a la par que nos ofrece diferentes modos de remar y navegar hacia las costas platónicas. Algo parecido sobre la comprensión platónica dijo Plutarco en sus *Moralia* al trasladar esa historia de Antífanos que, como cuenta, fue adaptada para hablar de los discípulos de Platón:

Decía Antífanos bromeando que en cierta ciudad las palabras se helaban por el frío inmediatamente después de ser dichas y, después, desheladas, la gente oía en verano las cosas que había hablado en invierno. Asimismo, decía que muchos se dan cuenta con trabajo, mucho tiempo después, cuando ya son ancianos, de lo que significaban las palabras que les decía Platón, cuando aún eran jóvenes¹⁹.

¹⁸ J.A. Negrete Alcudía, *Heráclito. Un comentario filosófico*, Madrid, Ápeiron Ediciones, 2018. Vid. *De la filosofía como dialéctica y analogía*, Madrid, Ápeiron Ediciones, 2015.

¹⁹ Plutarco, *Moralia*, 79 A (trad. de Concepción Morales Otal y José García López en Plutarco, *Obras morales y de costumbres*, vol. I, Madrid, Gredos, 1998). Una anécdota de sobra conocida sobre la transmisión de la filosofía platónica que recuerda a algunas palabras platónicas (*Carta II*, 314e) que cobran aquí ese sentido de moraleja filosófica común en la composición de *χρεῖα* que Plutarco utiliza.

Pero parece, pues, como vamos descubriendo, que el verano no siempre llega con el tiempo, como creía Plutarco, y que algunas palabras de Platón siguen siendo hoy para nosotros un bloque de hielo, independientemente de cuantos años llevemos leyéndolas. Esperamos que estas páginas puedan reblandecer alguna de las zonas heladas. O incluso, si hacemos caso a lo dicho en la *Carta II* —en el contexto de la advertencia a Dionisio²⁰—, podemos esperar que «[tales enseñanzas] repetidas innumerables veces y escuchadas sin interrupción durante muchos años, con grandes esfuerzos, acaben por purificarse como se purifica el oro» (314a).

Por último, concluiremos con el necesario apartado de agradecimientos, que difícilmente puede trasladar el trabajo que hay detrás de cada página escrita. En primer lugar, a aquellos amigos y compañeros que dedicaron su esfuerzo y su tiempo a ayudarme a revisar cuidadosamente los materiales, escuchando, además, mis divagaciones y preocupaciones sobre el tema más de lo que seguramente hubieran deseado. Especial mención merece Esmeralda Balaguer por su ayuda constante, así como Iván Civera y Carlos Castelló. Aspirar a la excelencia es una ambición, un motor indispensable en la escritura, en la edición y en la vida, pero hemos aprendido —he aprendido— que nada está exento de problemas inesperados o de situaciones sobrevenidas y que, en última instancia, cualquier garantía de perfección total no nos está reservada como mortales que somos. No obstante, no quisiera cerrar esta introduc-

²⁰ Así se afirma en la carta de Platón a Dionisio tras aconsejarle la no difusión de enseñanzas de importancia ante un «vulgo» no preparado y la no confianza en la escritura para tales cuestiones (cf. Pl., *Ep. II*, 313d y ss). Cabe señalar que la *Carta II* ha sido objeto de dudas, pero no se han encontrados *evidencias externas* de peso para calificarla como espuria, aun cuando la cantidad de estudiosos que la considera no auténtica sea considerable.